

dero posible de la pairía, y oí completa la sesión; no tengo derecho á hablar, pero tengo derecho á ser gentil-hombre. Vuestros burlas me incomodaron y por eso vine á esperaros á la salida. Milores, he formado el irrevocable designio de matar á alguno de vosotros, y yo, David Dirry-Moir, uno de los soldados de la marina inglesa, os cito, os requiero y os emplazo para que nombreis padrinos y segundos, y os espero para batirme esta tarde, en seguida, mañana, de día, de noche, en pleno sol, con hachas encendidas, donde, cuando y como os plazca, porque en cualquier parte hay bastante sitio para cruzarse dos espadas; y hareis muy bien en revisar las pistolas y el filo de los estoques, porque abrigo la intencion de dejar vacantes vuestras pairías. Ogle Cavendish, toma tus precauciones y no olvides tu divisa: *Cavendo tutus*. Marmaduke Langdale, debes imitar á tu antepasado Gundold, haciendo que te siga un ataúd. Jorge Booth, conde de Wariagton, no volverás á ver el condado palatino de Chester, ni tu laberinto, que imita al de Creta. Lord Vangham es demasiado jóven para decir impertinencias y demasiado viejo para responder de ellas, y yo pediré satisfaccion de sus palabras á su sobrino Ricardo Vangham, miembro de los Comunes. A tí, John Campbell, conde de Greenwich, te mataré como Achon mató á Matas, pero de una estocada franca, y no por detrás, porque tengo por costumbre presentar el corazon y no la espalda á la punta de la espada. Está convenido, milores; nos batiremos á pié ó á caballo. Quiero batirme con todos vosotros, lo oís? con todos vosotros. Descansa, conde de Caernarvon, que te haré tragar el acero hasta la empuñadura, y veremos despues, milord, si te ries. Tú, Burlington, que tienes diez y siete años y pareces una doncella, puedes escoger entre el prado de tu palacio de Middlesex y tu hermoso jardin de Londesburg en Yorkshire para que te entierren. Porque advierto á sus señorías que no consiento que nadie se insolente en mi presencia, y porque os insolentásteis os castigaré. Me pareció indecoroso que escarneciésteis á lord Clancharlie, que vale más que vosotros; porque como Clancharlie, es tan noble, y como Gwynplaine, tiene más talento. Hago mia su causa y mia la injuria, porque vuestras risotadas me encendieron en cólera. Veremos quién saldrá vivo de esta lucha, porque os provoqué á todo trance, con toda clase de armas, de todos modos: elegid la muerte que os

plazca, y ya que sois villanós al mismo tiempo que gentiles-hombres, os desafío segun vuestras cualidades, y os propongo cualquiera de los modos que tienen los hombres de matarse; desde la espada, como los príncipes, hasta el boxe, como los galopines.

Al aluvion furioso de palabras de lord David, el grupo altivo de los jóvenes lores respondió sonriendo:

—Convenido.

—Yo elijo la pistola, dijo Burlington.

—Yo, repuso Escrick, el antiguo combate en campo cerrado, con la maza de armas y con el puñal.

—Yo, dijo Holderness, quiero batirme con dos cuchillos, uno largo y otro corto, con los torsos desnudos y cuerpo á cuerpo.

—Lord David, dijo el conde de Thonet, ya que eres escocés, escojo la *claymore* (1).

—Yo la espada, dijo Rockingham.

—Yo, replicó el duque Ralph, prefiero el boxe. Es lo más noble.

Gwynplaine salió de la oscuridad donde estaba oculto y se dirigió hácia el hombre que habia llamado hasta entonces Tom-Jim-Jack y en el que ahora entreveía la nobleza.

—Os doy las gracias, le dijo, pero este asunto me corresponde á mí.

Los jóvenes lores se volvieron hácia Gwynplaine; éste avanzó. Se sentia impulsado hácia el hombre que oía llamar lord David y que era su defensor, quizás más aun. Lord David retrocedió.

—Calla! exclamó lord David. ¡Sois vos! Me alegro, porque tenia tambien que deciros algo. Acabais de hablar hace poco de una mujer, que despues de amar á lord Lineus Clancharlie amó al rey Carlos II.

—Es verdad.

—Pues habeis insultado á mi madre.

—Vuestra madre! gritó Gwynplaine.

En ese caso, ya comprendo... nosotros somos...

—Hermanos, respondió lord David, dando un bofetón á Gwynplaine.

—Somos hermanos, repitió, por lo que podemos batirnos, ya que solo nos batimos con nuestros iguales; ¿quién es más igual á nosotros que un hermano? Os enviaré mis padrinos. Mañana nos batiremos.

(1) Sable escocés.—(N. del T.)

LIBRO NOVENO.

La caída.

I.

A través del esceso de grandeza se llega al esceso de la miseria.

Quando sonaba la media noche en San Pablo, un hombre, que acababa de atravesar el puente de Lóndres, se internaba por las callejuelas de Southwark. No habia reverberos encendidos, porque era costumbre entonces, tanto en París como en Lóndres, apagar el alumbrado público á las once; esto es, suprimir las luces en el momento en que son más necesarias. Las calles estaban, pues, oscuras y desiertas. El hombre caminaba á grandes pasos. Iba extraordinariamente vestido para ir por las calles á semejantes horas. Llevaba traje de seda bordado, espada al cinto y un sombrero con plumas blancas, pero iba sin capa. *Los watchment* (1) que le veían pasar decían:—Será un señor que ha hecho una apuesta; y se separaban de él con el respeto debido á un lord y á una ganancia posible.

Ese hombre era Gwynplaine que huía.

No sabia dónde se encontraba. El alma, ya lo hemos dicho, tiene sus ciclones, torbellinos espantosos, en los que se confunden el cielo, el mar, el día, la noche, la vida y la muerte en una especie de horror ininteligible. Lo real cesa de ser respirable. La nada se convierte en huracán, el firmamento se descolora, el infinito se vacía. Nos encontramos con estas ausencias y nos sentimos morir. Deseamos ver un astro. ¿Qué era lo que experimentaba Gwynplaine? El deseo vehemente de volver á ver á Dea. No pensaba en otra cosa. Regresar á la Green-Box y la posada Tadcaster, sonora, luminosa, llena de la risa cordial del pueblo, encontrar á Ursus y á Homo, volver á ver á Dea, volver á entrar en la vida.

Gwynplaine, apresurado, estaba ya cerca del Tarrinzean-field; más que andaba, corría. Sus miradas querían traspasar la oscuridad; éstas le precedían, buscando con avidez un punto en el horizonte. ¡Qué ansiedad tenia por des-

(1) Guardas.

cubrir las alumbradas ventanas de la posada Tadcaster! Por fin llegó al *bowling-green* y se encontró frente de la posada, pero á alguna distancia; ya recordarán nuestros lectores que la posada era la única casa que habia en el campo de la féria. Miró y no vió ni una sola luz. Se estremeció. Despues reflexionó que era muy tarde y que á tales horas debia estar ya cerrada la posada, que dormirían todos en ella y que era preciso despertar á Nicless ó á Govicum. Se decidió á llamar á la puerta, y se encaminó á ella precipitadamente.

Quando llegó á la posada no podia respirar, y se aproximó á ella haciendo el menor ruido posible. Conocía el cuarto contiguo á la sala baja, donde se acostaba antes el perro y despues Govicum, que tenia una ventana que caía á la plaza; Gwynplaine rascó el vidrio, creyendo que bastaba con despertar á Govicum, pero nadie se meneó en el cuarto. Tocó con suavidad por el reverso de la mano en la ventana. Le contestó el mismo silencio, que atribuyó al fuerte sueño del muchacho. Entonces dió dos golpes; tampoco le respondieron. Fué á la puerta de la posada y llamó. Nadie contestó.—Maese Nicless es ya viejo y tiene el sueño pesado. Llamemos más fuerte, se dijo. Sacudió la puerta, dando en ella récios golpes. Esto le trajo á la memoria el lejano recuerdo de Weymouth, cuando, siendo aun niño, llevaba en brazos á la pequeñuela Dea.

Llamó violentamente, como que era lord, pero la casa permaneció silenciosa, y se quedó admirado. Desechando ya todas las precauciones, llamó gritando: Nicless! Govicum!...

Al mismo tiempo dirigió la vista á las ventanas, pero no vió claridad alguna al través de ellas. No habia en la posada Tadcaster ni un ruido, ni una claridad; reinaba allí silencio profundo. Fué á la puerta cochera, llamó y despues la sacudió frenéticamente, gritando: ¡Ursus! Homo!

El lobo no gruñó.

Sudor corría por la frente de Gwynplaine. Miró á su alrededor. La noche era bastante oscura, pero brillaban algunas estrellas que le permitian reconocer el campo de la féria; al fijarse en él lo vió abandonado; no habia ya ni un solo barracon en todo el *bowling-green*, ni un circo, ni un tablado, ni una carreta. El murmullo que levantaban los vagabundos hormigueando aquí y allá,

enmudeció en aquella vasta y vacía ne-grura.

Gwynplaine fué presa de indecible ansiedad. Qué significaba aquel vacío? Qué había sucedido allí? ¿Cómo es que estaba abandonado el campo de la fé-ria?

Llamó á las puertas, á las ventanas, á las paredes, con los puños, con los piés, furioso y desesperado. Llamó á Nicless, á Govicum, á Fibi, á Vinos, á Ursus y á Homo. Algunos momentos se interrumpia y escuchaba; pero la posada permanecía muda, muerta. Entonces volvía á dar golpes y gritos, que retumbaban por todas partes.

El hombre es terrible cuando llega al extremo del espanto, y cuando lo teme todo no tiene miedo á nada. Dá puntapiés á la esfinge. Trata con aspereza á lo desconocido. Renueva el tumulto bajo todas las formas posibles, reteniéndose, volviendo á la carga, llamando y gritando con violencia, y queriendo asaltar el trágico silencio.

Viendo la inutilidad de este medio, pensó en asaltar la posada; pero, ¿cómo penetrar en la casa? Rompió un vidrio del cuartucho de Govicum y metió en él la mano; desgarrándosela, despasó el cerrojo y abrió la ventana. Comprendiendo que la espada le molestaria para llevar á cabo la operacion que intentaba, se arrancó colérico acero, vaina y cinturón y los arrojó al suelo. Despues se encaramó por la pared, y aunque la ventana era estrecha, pudo pasar por ella y penetró en la posada.

La cama de Govicum, vagamente visible, estaba en el cuarto, pero Govicum no; el vacío de la cama del muchacho pareció indicar á Gwynplaine el vacío de la cama del posadero. Reinaba profunda oscuridad en toda la posada; se apercibía en su interior tenebroso la inmovilidad misteriosa del vacío y el vago horror que significa: No hay nadie. Gwynplaine, convulsivo, atravesó la sala baja, dió porrazos en las mesas, golpeó en la vajilla, movió y trastornó los bancos, fué á la puerta del patio, que la descerrajó, dándole un golpe con la rodilla, y fijó las ávidas miradas en el corral: la Green-Box ya no estaba allí.

II.

Residuo.

Gwynplaine salió de la posada y exploró en todos los sentidos el Tarrin-

zean-field, le recorrió en toda su extension y lo vió inhabitado; ni una sola voz se oía en aquella vasta oscuridad, como si la muerte hubiera batido allí sus alas.

Indudablemente una medida de policia habia despachurado aquel hormiguero, haciendo una *razzia* de los vagabundos. El Tarrinzean-field no solo manifestaba abandono, sino desolacion. Podia decirse que habian vuelto del revés los bolsillos del miserable campo de la féria y los habian vaciado.

Gwynplaine, al convencerse de esto, salió del *bowling-green* y se internó por las calles tortuosas de la extremidad llamada East-point, dirigiéndose hácia el Támesis. Franqueó algunos zig-zags de la red de callejuelas, que solo tenían paredes y cercados, y al sentir el aire fresco del agua, oyó el sordo resbalar del rio, y bruscamente se encontró delante de un parapeto: era el parapeto de Effrocstone.

Este parapeto costea un pedazo de muelle corto y estrecho; debajo de él, la alta muralla Effrocstone se hundia á pico en el agua oscura.

Gwynplaine paróse allí; se oprimió la cabeza con las manos y se entregó de este modo á sus pensamientos, teniendo el agua bajo sus piés. Miraba al agua? No. Miraba á la sombra: no á la sombra exterior, sino á la que se proyectaba dentro de él. En el melancólico paisaje de la noche, que él no contemplaba; en la profundidad exterior, en la que no se fijaban sus miradas, se distinguian siluetas de vergas y de mástiles. El Effrocstone á los piés de Gwynplaine solo ofrecia la corriente del agua, pero el muelle cuesta abajo descendia en insensible pendiente, y conducia á alguna distancia á una barga que abrigaba muchísimos buques, de los que unos llegaban y otros partian, comunicándose con la tierra por medio de pequeños promontorios amarraderos, contruidos exprofeso de piedra ó de madera. Dichos buques, unos anclados y otros amarrados, permanecian inmóviles. No se oía en ellos hablar ni andar; los marineros observaban la buena costumbre de dormir todo lo que podian, y solo se levantaban para consagrarse á sus ocupaciones. Si alguno de estos bastimentos tenia que salir de noche á la hora de la marea, no estaba despierto aun.

Se distinguian apenas los cascós como gruesas ampollas negras y los aparejos como hilos confundidos en las escalas, pero todo esto confuso.

Gwynplaine nada de esto veia, porque se ensimismaba reflexionando sobre su destino; era un visionario, que soñaba pasmado de la realidad inexorable; le parecia oír detrás de él algo semejante á un temblor de tierra: era la burla de los lores; oía sus risas y escapaba de ellas abofeteado. Abofeteado por quién? por su hermano. ¿Y qué encontraba huyendo de las risas y abofeteado, al refugiarse en su nido, como herido pájaro, cuando escapaba del odio y cuando buscaba el amor? Las tinieblas, la soledad. Todo habia desaparecido para él.

Gwynplaine acababa de llegar á la orilla siniestra del vacío. Desapareciendo la Green-Box, se desvanecia para él el universo.

Qué les habrá sucedido? ¿Dónde estarán? Indudablemente les han obligado á salir de Lóndres. El destino que proporcionaba la grandeza á Gwynplaine quizás los anonadaba, y es indudable que él no volveria á verlos, porque para esto se habrian tomado las precauciones necesarias. Al mismo tiempo despoblaron todo el campo de la féria, empezando por Nicless y Govicum, para que nadie pudiese darle noticia del paradero de los fugitivos, condenados á inexorable dispersion. La temible fuerza social, mientras pulverizaba á Gwynplaine en la Cámara de los Lores, habia barrido á los vagabundos con sus tablados, sus circos y sus teatros. Estaban, pues, perdidos para él: perdida Dea para siempre. ¿Dónde estará Dea? ¡El, ausente, no la pudo defender!...

Formar conjeturas acerca de los seres ausentes que se aman, es condenarse al tormento, y Gwynplaine se aplicaba á sí mismo la tortura. Al través de la sucesion de ideas dolorosas, se acordaba del hombre que le era evidentemente funesto, de Barkilphedro. Este hombre le escribió en su cerebro palabras confusas, que ahora le reaparecian, y escritas con tinta tan terrible que se convertian en letras de fuego; Gwynplaine veia llamear en el fondo de su pensamiento estas enigmáticas palabras, que hoy ya se podia explicar: *El destino no abre nunca una puerta sin cerrar otra.*

Todo estaba ya consumado. Las últimas sombras se apoderaban de él. Cada hombre puede llegar en su destino al fin de su mundo; esto es, á la desesperacion. El alma está llena de estrellas caidas.

Pasó una humareda que le envolvió; era tan espesa para su vista que le penetró en el cerebro, y sus ojos cegaron y

su corazon se embriagó. Este estado duró el breve tiempo que gasta la humareda en disiparse. Despertó del sueño y se encontró solo. Todo se habia desvanecido, todo se habia disipado.

Se quedó solo; solo es sinónimo de muerto.

La desesperacion es un reloj que marca los segundos y que suma el total, adicionándolo todo. Reprocha á Dios los rayos y los alfilerazos; quiere saber lo que le reserva el destino y razona, pesa y calcula.

Gwynplaine se examinó á sí mismo y examinó su suerte; su mirada retrospectiva le dió un resultado temible.

Cuando estamos en lo alto de la montaña miramos al precipicio; cuando estamos en lo más profundo de la caída, miramos al cielo y nos decimos: ¡Yo estaba allí!

Gwynplaine habia caido en las profundidades de la desgracia, y con vertiginosa rapidez, con la prontitud horrible del infortunio. Aquella es tan pesada que parece lenta. Tambien parece que la nieve, siendo fria, debia tener la parálisis del invierno, y siendo blanca, la inmovilidad de un sudario; pero esto lo desmiente la avalancha. La avalancha es la nieve convertida en horno; queda helada y devora. La avalancha envolvía á Gwynplaine; le arrancó como un andrajó, le desarraigó como un árbol, le precipitó como una piedra.

Gwynplaine recapituló su caída. Se hizo á sí mismo preguntas y respuestas. El dolor es un interrogatorio, y ningun juez es tan minucioso como la conciencia cuando instruye su propio proceso. Quiso saber la cantidad de remordimientos que entraba en su desesperacion, y sacar la cuenta y disecar la conciencia, que es una viviseccion dolorosa.

Su ausencia produjo una catástrofe; pero esta ausencia, dependió de él? ¿Obró libremente en el acontecimiento sobrevenido? No. Se vió arrastrado. ¿Lo que le paró y le retuvo fué una prision? No. Una cadena? Tampoco. Qué fué, pues? Que quedó pegado á la liga de la grandeza. ¿A quién no le ha acontecido alguna vez estar libre y tener las alas enredadas?

Lo que empezó por tentarle acabó por cautivarle; de eso y sobre este punto la conciencia le remordia. ¿Habia tolerado nada más los ofrecimientos? No, que los habia aceptado. Es cierto que sorprendido y haciéndose cierta violencia; pero él, por su parte, hasta cierto punto, dejó

obrar. De que se apoderasen de él no tenía la culpa, pero su flaqueza consistió en embriagarse. En un momento dado pudo aceptar ó no aceptar. Barkilphedro le puso enfrente de su dilema y le dió ocasion para resolver su suerte por medio de una palabra; Gwynplaine pudo decir que no, y dijo que sí, y lo sucedido despues dimanó del sí que pronunció aturrido. Por eso le queda el dejo amargo del consentimiento.

Esto no obstante, tomando su propia defensa, alegaba que no era un yerro, ni obrar torcidamente, el querer recuperar sus derechos, su herencia, su casa, y siendo como era patricio, el rango de sus antepasados, y siendo huérfano, el apellido de su padre. Que solo habia aceptado una restitucion propuesta por la Providencia.

Despues se rebelaba contra ese acto y se decia á sí mismo que esa aceptacion fué estúpida, que hizo una mala adquisicion y un cambio inepto, que habia celebrado con la Providencia un contrato en el que él salia perdiendo; porque por dos millones de renta, por seis ó siete señorías, por tener diez ó doce palacios y castillos, y cien lacayos, y jaurías, y carrozas, y escudos de armas; por ser juez y legislador, por llevar corona y traje de púrpura como un rey, por ser baron, marqués y par de Inglaterra, habia vendido el coche-teatro de Ursus y la sonrisa de Dea! Por la inmensidad movediza que nos traga ó nos hace naufragar, habia entregado su felicidad. Por el Océano habia dado una perla. Era un imbécil, era un insensato.

Sin embargo, y aquí su objecion renacia en terreno más sólido, en la fiebre de una colosal fortuna que se apoderó de él, no todo era perjudicial para su salud; quizás el renunciar hubiera sido un egoismo, porque la aceptacion se le imponia como un deber. Transformado bruscamente en lord, ¿qué habia de hacer? La complicacion del acontecimiento produce la perplejidad en el modo de obrar, y esto es lo que le sucedió. Tuvo el azoramiento que ocasiona el deber cuando dicta órdenes en sentido inverso, cuando se presenta por todas partes á la vez y se hace múltiple y casi contradictorio. Dicho azoramiento le paralizó, sobre todo en el trayecto de Corleone-lodge á la Cámara de los Lores, y no pudo resistirlo. Lo que se llama ascender en el mundo es pasar de un itinerario sencillo á un itinerario inquietante. ¿Dónde está desde entonces la línea

recta? ¿En qué parte está el primer deber? Está en la parte más cercana? ¿No pasamos de la familia humilde á la familia poderosa? Al subir se siente cargada la honradez de un peso que vá aumentando. Cuanto más alto ascendemos, parece que estemos más obligados; ensanchando el derecho, se agranda el deber. Tenemos la obsesion, la ilusion quizás de ver muchos caminos brindándonos á un mismo tiempo, y á la entrada de cada uno de ellos el dedo indicador de la conciencia. ¿Por cuál de ellos internarse? ¿Salir, quedarse, avanzar, retroceder, qué determinacion tomar? Es extraño que el deber se introduzca en las encrucijadas, porque así la responsabilidad es quizás un laberinto. Pero la responsabilidad es mucho más perturbadora todavía cuando un hombre representa una idea, cuando es la encarnacion de un hecho, cuando es símbolo al mismo tiempo que hombre de carne y hueso; de esto provenia la inquieta docilidad y la ansiedad muda de Gwynplaine y su obediencia al requerimiento de sentarse en la Cámara. El hombre pensador es con frecuencia hombre pasivo. Gwynplaine creyó oír que así se lo mandaba el deber. Entrar en un sitio en el que se puede discutir la opresion y combatirla, ¿no es conseguir la realizacion de una de las aspiraciones más profundas? Pudiendo hablar él, formidable átomo social, ¿tenia derecho á rehusar á la palabra? ¿tenia el derecho de apartar la cabeza debajo de la lengua de fuego que caia desde el cielo y que se posaba sobre él?...

En el sordo y vertiginoso combate que trababa con la conciencia, ésta le decia lo siguiente:

El pueblo es el silencio; yo seré el abogado de ese silencio y hablaré en nombre de los mudos; hablaré á los grandes de los pequeños y á los débiles de los poderosos. Ésta es mi mision. Dios sabe por qué lo quiere así y él me impulsa. Es sorprendente que la calabaza de Hardquanonne, que encerraba la metamórfosis de Gwynplaine en lord Clancharlie, hubiese flotado en el mar durante quince años sin ser destruida. Comprendo ahora por qué. Es que hay destinos secretos; tengo la llave de mi enigma y lo abro. Soy predestinado. He de cumplir una mision. Seré el lord de los pobres, hablaré en favor de todos los taciturnos desesperados. Traduciré los balbuceos, los murmullos, los rumores de todas las muchedumbres y las que-

jas mal explicadas, las voces ininteligibles y todos los gritos bestiales que la fuerza, la ignorancia y el sufrimiento arrancan á los pobres. El ruido de los hombres es inarticulado, como el ruido del viento, y gritan. Pero no se dejan comprender, y gritar de ese modo equivale á callar, y callar es desarmarse. Desarmamiento forzoso que reclama auxilio. Yo los socorreré; seré su denuncia. Seré el Verbo, y gracias á mí los comprenderán. Diré todo lo que deba decir y seré grandioso.

Es hermoso hablar por los mudos, pero es triste hablar á los sordos. Tal fué la segunda parte de la aventura de Gwynplaine. Aventura que fué un fracaso, que le derribó desde lo alto del poder y de la fortuna y cayó envuelto en la espuma de la risa.

Su ánimo valeroso y fuerte, que durante muchos años flotó en la vasta diffusion de sus pensamientos, arrancándole un grito lastimero, se estrelló contra un colosal escollo, el de la frivolidad de los dichosos. Se creyó ser un vengador y resultó que era un clown; creyó que iba á aterrar y solo hizo reír; creyó conmovier y escitó las burlas; divirtieron sus sollozos, y esto le hizo naufragar.

Se mofaron de su risa, y el hecho execrable cuya huella eterna conservaba en la fisonomía, su mutilacion convertida en alegría perpétua, su máscara de regocijo, fabricada por la tortura, la cicatriz que marcaba el *Jussu regis*, la prueba del crimen cometido por un rey, símbolo del crimen cometido en el pueblo por la monarquía, era lo que le vencía, era lo que le derrotaba; la acusacion del verdugo se convertia en sentencia contra la víctima. ¡Prodigiosa denegacion de la justicia! La monarquía, que prevaleció contra el padre, prevaleció tambien contra el hijo; el mal que causó le servia de pretexto y de motivo para el mal que le quedaba por hacer. ¿Contra quién se indignaban los lores? ¿Contra el torturador? No; contra el atormentado. Aquí el trono, allá el pueblo; aquí Jacobo II, allá Gwynplaine. Esta confrontacion ponía en claro un atentado y un crimen. ¿Qué era aquí el atentado? quejarse. ¿Qué era aquí el crimen? sufrir. La miseria debe esconderse y callar, porque de otro modo importuna á la majestad. ¿Eran malvados los hombres que herian á Gwynplaine con el puñal del sarcasmo? No; eran víctimas de su fatalidad, eran dichosos. Eran verdugos sin saberlo. Eran hombre de buen humor y encon-

traron inútil á Gwynplaine; si éste, abriéndose el pecho, se hubiera arrancado el hígado y el corazon, para enseñar á aquellos hombres sus entrañas, le hubieran contestado:—¡Bien representas la comedia!... Porque, desgraciadamente, él se reia tambien; su espantosa cadena, sujetándole el alma, impedia ascender el pensamiento hasta el semblante, la desfiguracion le llegaba hasta el espíritu, y mientras su conciencia se indignaba, desmintiéndola su faz, reia. Lord Clancharlie no podia dejar de ser *El hombre que ríe*, la cariatide del mundo que llora, la angustia petrificada en la hilaridad que soporta el peso de un mundo de calamidades, y que se amuralla para siempre en la jovialidad, en la ironía y en el divertimento de los demás; participaba con los oprimidos, cuya encarnacion era, de la fatalidad abominable de ser una desolacion que no se toma en serio; se chanceaban con su agonía. Su generosidad, su entusiasmo, su elocuencia, su corazon, su cólera y su amor daban por consecuencia y como resultado una carcajada general.

Una ley incomprensible, la fuerza desconocida que gobierna, quiso que un espectro visible y palpable, un espectro de carne y huesos, reasumiese la monstruosa parodia que llamamos mundo, y Gwynplaine era ese espectro. Gritó:—Compasion para los que sufren!... Quiso despertar la piedad y despertó el horror. Esta es la ley de la aparicion de los espectros. Al mismo tiempo que espectro, era hombre, por dolorosa complicacion. Espectro por el exterior y hombre por el interior, quizás más hombre que los otros, porque su doble suerte reasumía á toda la humanidad; y al mismo tiempo que la sentia en él, la veia tambien fuera de él.

Era un desheredado? No, porque era lord. Era un lord? No, porque era un revolucionario; era el que traía la luz, el que turbaba la fiesta; no Satanás, pero sí Lucifer. Llegaba siniestramente con la antorcha en la mano. Siniestramente para los siniestros, temible para los temidos; por eso éstos le lanzaron de allí. Nunca le hubieran aceptado como á uno de los suyos. El obstáculo de su rostro era terrible, pero el obstáculo que oponian sus ideas era más difícil de vencer aun. Sus ideas les parecieron más deformes que el semblante. No enunciaba ni un solo pensamiento posible en el mundo de los grandes y de los poderosos, en

el que una fatalidad le hizo entrar y otra fatalidad le hacia salir.

Entre él y los hombres se interponía una máscara y entre la sociedad y su espíritu una muralla. Volatinero nómada, se confundió desde la niñez con la multitud, impregnándose y saturándose de la inmensa alma humana, y perdió en el sentido comun de todo el mundo el sentido especial de las clases superiores; se hizo imposible en ellas, por llegar á su altura empapado del agua del pozo de la verdad. Trascendía en él la fetidez del abismo y repugnaba á los príncipes, que la mentira perfuma, y es infecta la verdad para el que vive de la ficción. El que tiene sed de adulación vomita lo real cuando lo bebe por sorpresa. No era presentable en esos altos sitios lo que llevaba á ellos Gwynplaine: la razón, la sabiduría y la justicia. Por eso le arrojaron de allí con disgusto.

Gwynplaine obtuvo la recepción que obtendría un espectro que entrase en la morada de los dioses. Se indignaron porque no era un espectro, era un hombre, y así se los dijo. No era un fantasma, era carne palpitante y cerebro pensador; su corazón sabía amar, y su alma esperaba; su culpa consistía en esperar demasiado, porque exageró su esperanza hasta el extremo de creer en la sociedad, y por eso, estando á la parte de fuera, quiso entrar en ella. La sociedad le presentó en seguida y de un golpe tres muestras de tres dones, del matrimonio, de la familia y de la casta. El matrimonio le vió en el umbral de la prostitución. A la familia la vió en su hermano, que le abofeteó, y que le esperaba al día siguiente con la espada en la mano. La casta le arrojaba sus burlas á la cara, á él, que era patricio, y le rechazó casi antes de ser admitido. Sus tres primeros pasos en la profunda sombra social habían abierto á sus pies tres abismos. Su desastre comenzó por transfiguración traidora, y le sobrevino la catástrofe con cara de apoteosis. Sube! quería decir para él: ¡Desciende! Su suerte fué contraria á la de Job: por la prosperidad llegó á la adversidad.

¡Indescifrables son los enigmas humanos! Siendo niño, Gwynplaine luchó contra la noche y fué más fuerte que ella; siendo hombre, luchó contra el destino y lo aterró. De desfigurado se convirtió en resplandeciente, de desgraciado en feliz. De su destierro hizo un asilo. Era vagabundo, luchó contra el espacio, y como los pájaros, encontró su miga de

pan. Era salvaje y solitario, luchó contra la multitud, y al fin logró ser amigo de ella. Era atleta, luchó contra ese león que se llama pueblo y lo encadenó. Era indigente, combatió á la miseria, afrontó la necesidad de vivir, y á fuerza de amalgamar á la pobreza todas las alegrías de su corazón, la convirtió en riqueza. Pudo creerse vencedor de la vida. De repente nuevas fuerzas se desataron contra él desde el fondo de lo desconocido, no con amenazas, sino con caricias y sonrisas; cuando sentía amor angélico, se le apareció el amor draconiano y material; á él, que vivía del ideal, le asía la carne, y oyó palabras voluptuosas parecidas á gritos de rabia; sintió que le estrechaban los brazos de una mujer, como si fuesen nudos de culebra; á la iluminación de lo verdadero sucedió en él la fascinación de lo falso, porque no es la carne lo real, sino el alma. La carne es ceniza y el alma llama. Al grupo á que estaba ligado por el parentesco de la pobreza y el trabajo sustituyó la familia social, la familia de la sangre, pero de sangre mezclada, y antes de entrar en ella se encontró frente á frente de un fratricidio en perspectiva. Se dejó clasificar en aquella sociedad, de la que Brantôme, que él no había leído, dijo: *El hijo puede justamente requerir á duelo á su padre.* La suerte fatal le había dicho: "Tú no perteneces á la plebe, tú eres de los elegidos,"; abrió encima de él como una trampa en el techo social, y lanzándole por la abertura, le hizo aparecer inesperado y feroz en medio de señores y de príncipes.

De repente, en vez del pueblo que le aplaudía, vió á su alrededor lores que le maldecían, y fué víctima de metamorfosis lúgubre y de engrandecimiento ignominioso.

¿Por qué comenzar la vida por vencer el obstáculo? Por qué triunfar de él? Para ser luego precipitado y completar de ese modo su destino.

Así Gwynplaine, medio por fuerza y medio por voluntad, abandonó lo real por lo quimérico, lo verdadero por lo falso, á Dea por Josiana, al amor por el orgullo, la libertad por el poder, el trabajo del pobre por la opulencia del rico, la sombra que oculta á Dios por las llamas donde saltan los demonios, el Paraíso por el Olimpo. Mordió la fruta de oro y escupió un bocado de ceniza.

Todo esto dió por resultado la derrota, la caída, la ruina de todas sus esperanzas, fustigadas por las sangrientas bur-

las. Qué iba ya á hacer Gwynplaine? Si miraba al día siguiente veía una espada desnuda, cuya punta se dirigía á su pecho y cuyo puño asía su hermano, hiriéndole el brillo horrible de esa espada. Josiana y la Cámara de los Lores estaban detrás en monstruoso claro-oscuro, lleno de siluetas trágicas. Su hermano se le aparecía caballeresco y valiente. Tom-Jim-Jack, que había defendido á Gwynplaine, era lord David, que defendió también á lord Clancharlie; en el momento de conocerle y de quererle le dió un bofetón.

Después de todo eso era imposible ya ir adelante. La tentativa se frustró y era inútil volver á intentarla. Gwynplaine era un jugador que había perdido uno tras otro todos sus triunfos; se dejó arrastrar á un garito formidable. Sin conciencia de su modo de obrar, porque tal es el sutil envenenamiento de la ilusión, se jugó á Dea contra Josiana, y fué un monstruo. Se jugó á Ursus contra su familia y quedó afeitado. Se jugó su tablero de saltimbanqui contra un asientó de lord, y recibió primero la aclamación y después la imprecación. Su última carta la echó encima del tapete verde del *bowling-green*, que estaba desierto. Gwynplaine había perdido y no tenía ya con qué pagar.

Gwynplaine permanecía inmóvil: el que le hubiese apercibido en medio de la oscuridad, derecho y sin movimiento, á la orilla del parapeto, hubiera creído ver una piedra de pié. Contemplaba al mundo que acababa de entrever con la mirada fría, que es la mirada definitiva, y veía en él el matrimonio, pero no el amor; la familia, pero no la fraternidad; la riqueza, pero no la conciencia; la hermosura, pero no el pudor; la justicia, pero no la equidad; el orden, pero no el equilibrio; la autoridad, pero no el derecho; el esplendor, pero no la luz. Balance inexorable. Dió la vuelta á esta visión suprema en que se hundía su pensamiento, y examinó sucesivamente el destino, la situación, la sociedad y á sí mismo. Qué era el destino? Una red. ¿Qué era la situación? Una desesperación. ¿Qué era la sociedad? Un odio. Qué era él? Un vencido. Desde el fondo de su alma exclamó: La sociedad es la madrastra, la naturaleza es la madre; la sociedad es el mundo del cuerpo y la naturaleza el mundo del alma. La una conduce al ataúd, á la fosa, á los gusanos, y allí todo termina; la otra conduce, con las alas abiertas, á transfigurarse con la aurora

y á la ascension al firmamento, y empieza allí.

Gwynplaine, al juzgar, confrontaba lo que debía á la sociedad con lo que debía á la naturaleza. La naturaleza fué buena para él; la naturaleza, que es el alma: la sociedad todo se lo había robado, todo, hasta la cara; el alma se lo había devuelto todo, todo, hasta el rostro; porque existía una ciega celestial, creada exprofeso para él, que no veía su fealdad y sí su belleza moral. ¡Y se separó de ella!... ¡de ese sér adorable, de esa ternura!... Dea era su hermana, porque conocía que le comunicaba la fraternidad celeste. Dea, cuando era niño, le parecía su Virgen, porque todos los niños profesan afecto á una Virgen, y la vida empieza siempre por el casamiento de las almas que consuman, en plena inocencia, dos virginidades ignorantes. Dea era su esposa, porque les abrigaba el mismo nido, colocado sobre la rama más alta del gigantesco árbol del Himeneo. Dea era todavía más para Gwynplaine, era su claridad; sin ella todo era oscuridad y vacío para el saltimbanqui. ¿Qué sería de él sin Dea?... ¿Cómo pudo perderla de vista ni un solo instante? ¿Dónde estará?... Qué dichoso fué con ella Gwynplaine! Dios rehizo el Edén para él hasta el punto de que dejó penetrar en él la serpiente; pero esta vez se presentó la tentación bajo la forma de un hombre: fué Gwynplaine atraído desde fuera por seductora red, y al caer, cayó en el caos de las risas infernales. Era espantoso todo lo que le fascinara. Qué era Josiana? Una mujer horrible, casi bestia, casi diosa. Gwynplaine se encontraba ahora en el reverso de su elevación, y la veía por la parte opuesta á su deslumbramiento, por la parte fúnebre, y le parecía deforme la señoría, pesada la corona, funeral el traje de púrpura, venenosos los palacios, opresores sus trofeos, sus estatuas y sus blasones, y que el aire traidor y nocivo que se respiraba en aquella atmósfera le trastornaba el juicio.

Echaba de menos los andrajos del saltimbanqui; la Green-Box, con su pobreza y su alegría; la agradable vida errante, la vida comun con sus compañeros, en la que no se separaban, viéndose á todas horas, por la tarde, por la noche, por la mañana, codeándose en la mesa, tocándose las rodillas, bebiendo en el mismo vaso. Por la noche dormían unos cerca de otros, y la imagen de Dea no se separaba de Gwynplaine, ni la de Gwynplaine de Dea, no estando segu-